

**S**EGUIR la actualidad es un ejercicio que provoca perplejidad, aburrimiento, ira, melancolía y desesperación y coloca al ciudadano al borde de pedir auxilio psicológico. Díganme si no es para estar de los nervios ver, a diario, el desfile de imputados, detenidos, investigados, declarantes... (todos presuntos, claro), que, como decía en un artículo que muy amablemente me publicaron en este medio en 2013, contribuyen con sus colusiones al desafecto político y a que los extremistas de río revuelto vean elevadas sus perspectivas electorales.

¿No es por ventura para tirarse de los pelos el espectáculo político al que asistimos desde hace meses? A ver, se celebran elecciones con el resultado que todos conocemos. A fuerza de repetírnoslo casi que sabemos de memoria las combinaciones posibles e imposibles; nos atosigan con idas y venidas, declaraciones y contradecaraciones... Y todo, en definitiva, para que nada se mueva. Y no sabemos si será mejor así. Aquí, cuando se dice «digo» se quiere decir «Diego». El Partido Popular liga menos que los gases nobles, no porque quiera, sino porque no le dejan, y encima se lo echan en cara. El Partido Socialista anda que bebe los vientos por pactar con Podemos, partido que de socialdemócrata tiene lo que un servidor de obispo de Mondoñedo; y, de añadidura, no sabemos a qué carta quedarnos, porque tan pronto dicen que todo se ha terminado como reabren las posibilidades de pacto. Ciudadanos anda por medio con un pacto un tanto sorprendente, que se mantiene aunque su socio Sánchez persista en la intención de entenderse con la extrema izquierda...

¿Es, o no es, para largarse a tomar las aguas del Raposo el contemplar que en nuestra democracia hay gente con bula? A diario soporamos el desfile por los juzgados de aquellos a los que más arriba me refería, entre pasillos altamente impúdicos de gente que abuchea, zarandea o insulta. Pero ojo, si quien acude a declarar es un futbolista de postín, nada de nada. Nos rasgamos las vestiduras porque alguien transgrede el lenguaje políticamente correcto y pedimos, *ipso facto*, rectificaciones, dimisiones, deposiciones. Es decir, a uno que mete la pata se le quiere condenar al ostracismo, a la muerte civil inmediata. Nada ocurre si los que dicen barbaridades son los líderes de esa fuerza emergente llamada Podemos. Y, por supuesto, el líder de la oposición puede insultar en los términos que le plazca al presidente del Gobierno. Algo muy progresista.

Los separatistas pueden silbar himnos, derrochar el dinero público en propagandas, quemar en efígie a quien les plazca... En fin, no sigo porque el hastío me vence. Cansa andar presidiendo una asociación que defiende los valores constitucionales para darnos de frente con todo esto. De modo que casi me pasa lo que a Figueras, que se largó de la presidencia de la I República (y no sé si también de España), después de proclamar solemnemente a sus ministros: «Señores, estoy hasta los cojones de todos nosotros». Y, sin embargo, sigo confiando en este sistema.